

TRAS LAS ALAMBRADAS

(Auschwitz)

En el filo de una tarde sin ventanas al norte
un joven de apenas quince años -prisionero
en la bodega del odio y de la ira- llora
ocultando una parte de su famélico rostro
bajo una mano sucia, grande y huesuda.

En el filo de una tarde gris y gélida
ese joven -de quien apenas adivinamos
el perfil de su terrible dolor- viste
una pobre chaqueta de anchas rayas rojas
y lleva cosida, como escudo de la infamia,
una cruz de David sobre su pecho.

En el filo de una tarde con sabor a muerte
ese joven -huésped en los barracones del infierno-
permanece sentado sobre una piedra negra
con los labios secos y la mirada perdida
en los océanos profundos de la ciega locura.

Tras él un grueso poste de madera sostiene
el óxido sangriento de una alambrada de espinas:
las cuerdas mudas de un violín para el silencio.
Frente a él, con la flor negra del desmayo
y la cabeza ladeada hacia los páramos de la muerte,
yace el cuerpo sin vida del amigo, del compañero
abatido por los cuervos del hambre y la fatiga.

En el filo de una tarde sin nombre y sin memoria
un joven -apenas quince años de trigo y azucenas-
sabe que las heridas de la carne